

el espía SOBLEN

Cada acontecimiento presenta una vertiente humana que, considerada en sí misma, adquiere a veces perfiles trágicos. Este es el caso del hecho protagonizado por el doctor Robert Soblen, acusado de espionaje por el Gobierno de los Estados Unidos.

La historia de Soblen no es única, aunque pese sobre ella un especial acento dramático que parece particularizarla. En realidad, toda la política del siglo ha venido produciendo casos paralelos y no menos trágicos. Pasada la época de las rivalidades nacionalistas, la ideología asciende al primer plano con todo su contradictorio mundo. El espía, cogido tantas veces en su trampa, se encuentra de pronto al margen del acontecimiento y ha de afrontar, por obvias razones, su adverso destino en absoluta soledad. En el kafkiano universo en que desarrolla su actividad, no hay lugar para la vuelta atrás. Su compromiso es total.

El doctor Soblen, condenado a muerte por la leucemia, no podrá librarse, a lo que parece, de la condena, acaso más leve, del tribunal. Tal vez porque conoce muy bien este doble signo hincado sobre su vida por la adversidad, ha pretendido adelantar el punto final. Cortado a tiempo su intento de suicidio, se somete ahora al vaivén de las mil complicaciones diplomáticas a que su caso ha dado origen. Rechazada en Israel su solicitud de asilo —el doctor Soblen es judío—, fue detenido por agentes del F. B. I. Cuando era trasladado a los Estados Unidos se produjo su intento de suicidio, cortándose las venas en un descuido de sus guardianes. Un rabino, que viajaba en el mismo avión —línea Tel Aviv-Atenas-París-Londras-Nueva York—, ha declarado: «Jamás he visto tanta sangre.» En muy grave estado, Soblen fue ingresado en un hospital tras haber hecho escala en Londres. Una rápida transfusión le salvó la vida. Fue entonces cuando se empezaron a hacer cálculos sobre su posible petición de asilo en Inglaterra. Por anticipado, los ingleses han dado su respuesta: «Consideramos que Soblen no se halla en tierra británica.»



SORAYA
"GO-KART"



Pues no; ya no es Soraya un tópic informativo. La ex emperatriz se ha convertido en una mujer normal, dispuesta a disfrutar de los privilegios que su antiguo título le confiera: una existencia que, más que desahogada, es casi «dolce vita». Despreocupada ya de su publicidad, habiendo retrocedido vertiginosamente en la lista de las mujeres de moda, puede volver a permitirse el lujo de ser noticia.

Soraya, mujer de su tiempo, cultiva todos los deportes. Lo mismo esquía en Suiza durante el invierno, que juega al tenis o al golf en cualquier club de «buen tono» de la Riviera. Ahora, por ejemplo, le tienta el automovilismo. Ha probado la droga de la velocidad y ya no podrá escapar a su dominio. Aquí la vemos practicando el «kartismo». Hermosa y elegante, como siempre, la princesa nos demuestra sin lugar a dudas su pericia en el manejo del pequeño vehículo en una curva difícil. La vida, «que le ha dado todo», como a la muchacha de la popular canción, también le ha procurado dramáticas dificultades sin cuento. Superadas ya, y ahora que su vida es, como decíamos, casi «dolce vita». Soraya se entrega a los mil riesgos del automovilismo, con la energía que había definido su carácter en tiempos más agitados para ella.